



Praxis Freudiana

Av. Corrientes 1309 8º "24"
(C1043ABA) Capital Federal, Argentina
Tel/Fax: +54 (11) 4371-2719
e-mail: info@praxisfreudiana.com.ar
web: <http://www.praxisfreudiana.com.ar>

La adolescencia del Siglo XXI

Amelia Haydée Imbriano

Un cuestionamiento sobre la Etimología

Adolescente proviene de dos familias semánticas:

Alere: nutrir, alimentar, hacer crecer o agrandar, coalescer, crecer juntos.

Altus: que terminó de crecer.

Adolescencia: del latín adolescentiam, en crecimiento o haciéndose grande. Palabra que aparece en el vocabulario recién en el siglo XVII aludiendo a "flor de juventud" o "primera edad después de la infancia".

En el Diccionario de la Real Academia Española 1920 se encuentra la siguiente definición: Adolescente: creciente. Período de la vida entre la pubertad y la edad adulta. En 1970 el mismo diccionario relaciona el término con:

ADOLECER: del latín, ad-dolescere, dolere, caer enfermo o padecer alguna enfermedad. Tener algún defecto o vicio.

Generalmente el término adolescencia se relaciona con el de pubertad.

PUBERTAD: esta palabra deriva de pubis: bozo o vello pubiano, ambos como signos de que alguien devino apto para reproducir.

Si se comparan los dos términos –adolescencia y pubertad- se nota que sobre el segundo no hay variaciones en su uso, en cambio el primero podemos evaluar que ha estado sujeto a muchas variaciones según los cambios culturales.

La pubertad aparece constante, como un período de transformación del organismo humano y sobre este fenómeno las sociedades y épocas diversas han adoptado otro período, de duración muy variable, la adolescencia, en el curso de la cual, se dan a las manifestaciones biológicas todas las significaciones producidas por los ideales que circulan en cada momento.

El cuestionamiento que le podemos realizar a la etimología es su relación con el adolecer en términos de enfermedad: ¿por qué considerar la adolescencia como enfermedad?

La adolescencia no es una enfermedad. La adolescencia es un tiempo lógico particular de elección de objeto, lo cual implica una reorganización pulsional. Es un tiempo de trabajo, de construcción subjetiva.

Para abordar el tema propuesto tomaré dos capítulos:

- El pensamiento freudiano. La falta de objeto
- El discurso capitalista. El exceso de objetos

El pensamiento freudiano. La falta de Objeto

Para Freud existe el concepto de pubertad como momento lógico relacionado con la aparición de señales sexuales en el cuerpo y el desarrollo consecuente de nuevos intereses sexuales. Este concepto toma sentido en tanto lo distingue del concepto de lo infantil. De hecho Freud señala un tiempo entre lo infantil y la sexualidad adulta.

Lo infantil en Freud no quiere decir fundamentalmente una edad biológica sino una posición del sujeto con respecto al problema de la diferencia de los sexos y con respecto al problema de la satisfacción pulsional. La infancia es un momento estructural: lo infantil es lo inconsciente, pues lo infantil es la lógica consecuente con el complejo de Edipo. Freud elabora el concepto de neurosis infantil con relación a la noción de la sexualidad como un momento estructural del sujeto condicionado por el complejo edipiano.

En sus teorizaciones describe la pubertad como metamorfosis: “ como un túnel que se excava por los dos lados, por el lado de lo infantil y por el lado de lo adulto”. Podemos pensar, entonces, que la pubertad fue señalada como un encuentro entre lo que es la sexualidad infantil y la sexualidad adulta. La pubertad es un momento de encuentro con una nueva forma de abordar la cuestión de la pulsión con relación a la satisfacción sexual, tiempo lógico, tiempo de pasaje, de encuentro con un nuevo modo de satisfacción pulsional situado en el cuerpo. Es necesariamente una lógica de metamorfosis.

Este “algo nuevo” en el campo pulsional tiene un punto de emergencia en lo que se presenta en lo real del cuerpo y que exige respuestas. En este momento se hace más presente la alteridad del sexo, de que hay Otro sexo, y aparece la necesidad de dar respuesta a la aparición de esos nuevos estímulos que demandan un nuevo modo de satisfacción pulsional (goce) en el cuerpo.

No se trata solamente de la influencia de las hormonas. Ese nuevo real aparece producido por el sistema simbólico, o sea, lo que pretende la cultura del sujeto en un determinado transcurso de la vida, que implica una ruptura con el momento anterior de la sexualidad infantil. El complejo edipiano encuentra una estabilización subjetiva infantil en la resignación de las cargas eróticas a favor de las cargas tiernas y la identificación. La aparición de nuevos estímulos eróticos produce una desestabilización subjetiva.

La adolescencia es un tiempo de elaboración en la constitución subjetiva. Es un tiempo de una lógica subjetiva que va a tener en cuenta fundamentalmente tres factores:

- 1.- la satisfacción de las pulsiones (elección de objeto)
- 2.- las identificaciones

3.- la diferencia de generaciones y la muerte

Es necesario tener presente que no hay nada en el campo pulsional que indique al sujeto cuál es el objeto adecuado a la pulsión sexual, sea varón o mujer.

El Complejo de Edipo es para Freud el aparato simbólico que va a permitir al sujeto construirse algunos objetos de amor. El famoso deseo del niño por la madre no es algo que esté dado de entrada, tiene que construirse a través de una identificación con el padre, en lo que llamamos complejo de Edipo. O sea, podríamos decir que no hay relación directa entre la pulsión y el objeto, que es lo mismo que dice Lacan: no hay correlación entre los sexos.

El problema es que en la adolescencia la solución edipiana debe reactualizarse porque será necesario que construir objetos fuera del ámbito familiar y habrá que reordenar toda esa estructura. Lo cual plantea una crisis de identificaciones justamente en búsqueda de la salida de las identificaciones parentales para construir nuevos objetos extrafamiliares. He aquí una complejidad, que no abordaremos en este desarrollo y es la incidencia del goce de los padres sobre la búsqueda-encuentro de estos objetos.

La primer idea que tiene Freud es que hay una elección infantil de objeto, que hay una sexualidad infantil, que va a llamar pregenital. En el momento de la pubertad aparece ese cambio corporal y una corriente de ternura ligada a la vida sexual. La vertiente amorosa entrará en conflicto necesariamente con esa satisfacción sexual.

Respecto de la elección de objeto en la época de la pubertad, el sujeto deberá renunciar a los objetos infantiles tiernos y comenzará, de nuevo, con una corriente sexual en relación al objeto. Hay un nuevo inicio de la vida sexual y la tendencia infantil y la nueva entran en contradicción. Los objetos nuevos, extrafamiliares, van a estar siempre marcados por las elecciones infantiles de objeto familiares. Se armará una tensión entre lo que es del orden de la satisfacción de la pulsión y el amor, porque la solución edipiana implicó una renuncia a la sexualidad y disociación con el amor. Y, en la pubertad, aparece la necesidad de una unificación entre ambas corrientes.

Esta lógica entre el amor y el goce pulsional, es la lógica del conjunto de problemas de la vida y de la relación del sujeto con el deseo del Otro: cómo gozar sexualmente de aquello que uno ama y como amar aquello de lo que uno goza sexualmente, cuando la historia edipiana en tanto conflictiva se resolvió con la división de las dos corrientes: sexual y tierna.

Por otro lado, la adolescencia es un momento de liberación del sujeto de la autoridad de los padres, con lo cual queda creada la contradicción de la nueva generación con respecto a la antigua, tan importante para el progreso de la civilización. Se trata de ese corte generacional que implicaría un cambio de posición simbólica del sujeto en el mundo, a través de la aparición del tema de las generaciones, la consideración de la muerte, el hecho de ser mortal (la vida en cuanto marcada por su finitud).

En 1923, Freud va a sostener algo respecto de la afinidad entre la sexualidad infantil y la adulta, que nos orientan sobre el tema. Sostendrá que las condiciones de elección de objeto infantiles van a marcar las sucesivas elecciones sexuales de objeto del adulto. En 1925 sitúa la

fase fálica como lo que decide la posición del niño con respecto a la diferencia de los sexos, posibilitándose una identificación antes de la pubertad, a la salida del complejo edipiano. Se realizará una elección de objeto según identificaciones del lado masculino o femenino, en relación al complejo de castración. Fálicos y castrados. Y ahí, en ese momento, va a situar los principios de la sexualidad adulta en general

Podemos plantear:

1.- Lo infantil como tiempo de ver. El niño es el lugar de la pregunta sobre por qué existen dos sexos, en este instante de ver el niño percibe la castración y da una primera respuesta. Debemos recordar que un niño para Freud no es un sujeto que ya tenga constituidos sus objetos desde el inicio, sino que es al revés: el niño empieza a ser él un objeto para los otros, de los padres fundamentalmente. He aquí uno de los escandalos freudianos: Lo que para los adultos es un lenguaje de ternura hacia los niños, es interpretado por el niño en su historia como una seducción de contenido sexual. O sea, la sexualidad se introduce bajo la forma del fantasma de una seducción y la lectura de ese sujeto en esa posición del deseo del Otro tiene siempre el carácter traumático, de ser entendido como una intromisión del sexo por el deseo del Otro.

2.- La latencia como tiempo de comprender: el sujeto aun no puede dar una respuesta del orden de las identificaciones sexuales a modo de cómo satisfacer las pulsiones, hay un período de represión de todo lo que es la sexualidad infantil y eso puede durar el tiempo que sea.

3.- La adolescencia como tiempo de concluir: el sujeto debe concluir sobre la elección de objeto. Como ha habido una represión de la sexualidad infantil, en el momento de la pubertad retorna lo reprimido y entonces es cuando se plantean los problemas respecto de cómo sustituir los objetos familiares por extrafamiliares a partir de una estructura que en principio ha marcado los objetos dentro de ámbito familiar y además añadiendo el conflicto entre la corriente del amor y la de la satisfacción sexual de la pulsión. En la represión del conflicto edipiano la corriente sexual ha sido reprimida

La adolescencia es el tiempo marcado por el modo de resolver el impasse en el que se deja la sexualidad infantil.

Aparece un cambio corporal, aparece una nueva exigencia pulsional y el sujeto se pregunta qué hacer con el cuerpo, qué nuevos objetos construir después de este cambio. Lo que se llama crisis de la adolescencia sería la necesidad de salir de la estructura de la sexualidad infantil. Siempre se señala la importancia que ocupa el resurgimiento del empuje pulsional. Lo cual pongo en interrogación: Si la pulsión está designada siempre como una "fuerza constante", cómo pensar un resurgimiento?. El empuje es siempre el mismo. La variación depende de la colocación pulsional: podrá ser más frenada, podrá estar más desplegada, podrá ser más reprimida o podrá ser más actuada, pero la pulsión es constante, y he allí su complejidad. Es con la misma energía con la que apasionadamente el niño de un mes se engancha al pecho de su madre que con la que el muchacho de 14 años se engancha a un partido de fútbol. Entonces no se trata tanto de una inyección pulsional, de un resurgimiento, sino que ocurre otra cosa, hay una redistribución:

1.- redistribución de las cartas del deseo y del goce

2.- redistribuyen de las cartas de la identidad

Hay un tiempo para el sujeto en que ya no quiere lo mismo que quería antes. Ya no goza de las mismas cosas que gozaba, y, es más, las puede despreciar, o sea, les quita el valor. Como toda pérdida –hay quienes no pierden nunca- el sujeto sanciona esa pérdida, estableciendo “lo perdido”, otorgándole otros ropajes al objeto perdido desde el origen. Es evidente que aunque el día anterior había estado jugando con la “casita de las barbies” o los “power rancher”, a partir del momento en que pasa a no jugar con estos, los valora (a veces con la connotación de desprecio o de mundo perdido) como una cosa de pequeños. Pero ello no ahorra el duelo por los objetos perdidos.

Desde este punto de vista podemos situar la adolescencia como el momento preciso en que cada sujeto pierde los modos de satisfacción que podríamos nombrar como infantiles. Estos se ven marcados por una barra que sería: “Eso es de niños”. En el discurso de los padres ocurre lo mismo, por ej. Cuando los padres dicen de un hijo que “es muy niño”, lo dicen fundamentalmente en función de sus apetencias, sus deseos y sus intereses.

El adolescente, creciente, está con relación a un deseo marcado por la pérdida de los modos de satisfacción anteriores. Es una pérdida difícil pues no es fácil abandonar los modos de satisfacción infantil, todo el desarrollo de las neurosis en el adulto muestra precisamente esta dificultad. Fundamentalmente porque estos modos de satisfacción aparecen directamente ligados a un proveedor mayor que es el Otro, sea quien sea el que encarne ese Otro (madre, padre, familia), el sujeto dirá: yo no soy responsable, es el Otro. No es nada cómodo abandonar esos modos de los cuales es responsable el Otro, y para más, se trata de abandonar modos de satisfacción conocidos para apuntar a un “no se cómo”, a un no-saber. O sea, no es una pérdida con una ganancia inmediata. Mucho antes de saber qué desea tiene que –para que se plantee la pregunta misma del deseo- abandonar los modos anteriores. Esto es lo que hace a la crisis de la adolescencia: pasa del “tengo” a la incertidumbre, pasa de la posición de responsabilidad del lado del Otro, a la responder por el propio deseo y modo de satisfacción.

El problema actual es que la cultura ofrece demasiadas posibilidades cómodas de lograr esas otras satisfacciones, y no dejan espacio para la pregunta por el deseo.

¿Desde el pensamiento freudiano, de qué sufren los adolescentes?

No es fácil responder desde el psicoanálisis a esta pregunta formulada así, en plural, como si fuera posible una respuesta universal. Los adolescentes son sujetos, y el psicoanálisis, si puede decir algo, es uno por uno. Cada adolescente es uno con su sufrimiento en particular, un sufrimiento como respuesta a “su adolecer”, pero siempre se trata del sufrimiento de “un sujeto”.

Desde la clínica psicoanalítica se puede ordenar las particularidades de la patología –en tanto phatos, sufrimiento- de los sujetos, o sea, se puede conceptualizar la lógica de lo que hace sufrir.

El psicoanalista no da respuesta respecto de qué se sufre, sino que toma al sufrimiento como una respuesta del sujeto que a través de ella responde a alguna pregunta de un modo particular.

Partiré de una primer hipótesis, aparentemente simple: en la adolescencia el sujeto se interroga y se ve compelido a dar otras respuestas distintas a las primeras respuestas sobre la cuestión del sexo, es decir, de la diferencia de sexos, y se encuentra con un primer obstáculo: la anatomía no le asegura nada, el inconsciente no tiene sexo, y la resolución edipiana que ha caído bajo el sepultamiento retorna con fuerza y la ubicación que le ofrecía ya no se sirve. Queda des-ubicado y tiene que resolverlo pues el imperativo del estímulo sexual proveniente del interior del cuerpo lo empuja. A partir de esta consideración podemos situarnos en la definición de pulsión como la exigencia de trabajo impuesta a lo anímico por su trabazón con lo somático.

Por ello el gran florecimiento de síntomas en la adolescencia, porque el síntoma soporta al sujeto, le da su soporte como tal, es síntoma de un sujeto, lo representa como sujeto. Considero a esta cuestión de suma importancia en la adolescencia para evaluar en forma positiva la función del síntoma.

En la adolescencia se adolece de intentar dar razones a lo que no lo tiene, de tapar las sin razones de la ley paterna. Es un momento en donde el sujeto se ve enfrentado a tener que dar razones respecto de la diferencia hombre-mujer, en donde el cuerpo biológico y la cultura le nombran hombre-mujer. Esto no es simple, pues bajo el nombre de hombre y mujer, el psicoanálisis conceptúa los modos posibles del goce. En el adolescente, el modo infantil de resolver esa diferencia se vuelve precario y lo reenvía brutalmente, sin pedirle permiso, a un trabajo necesario respecto a su lugar de sujeto de la castración.

El adolescente sufre de ese abismo entre lo que es anatomía, lo que es cultura y la dimensión que está en juego para él en tanto que sujeto (el deseo y el goce).

La sexualidad es traumática porque no hay ningún saber, no hay ninguna respuesta que pueda cifrar una relación entre los sexos en términos con garantía de satisfacción, y no hay saber de especie que venga en ayuda.

Para orientarnos desde caminos originales freudianos, por ejemplo, en el caso Dora, vemos como la idea de Freud de que “una chica se las sabe arreglar sola con estas cosas” cae por tierra allí donde ella le muestra el asco. Cuando el Sr. K. la atrapa en una escalera y a Dora se le hace patente lo que hay distinto en el cuerpo del hombre y en el cuerpo de la mujer, es decir, toma noticia de lo que es la erección en el hombre, reacciona con asco. Primero Freud piensa que “una chica no tendría por qué hacer ascos a lo que es la presencia del deseo masculino, a su presentificación en la erección masculina”. Pero Freud debió dejar este prejuicio de lado y escuchar lo que le dicen sus analizantes, porque justamente sus pacientes –mujeres y hombres- están diciendo que hacen ascos a lo sexual, que hay algo asqueroso en la sexualidad.

Lo asqueroso de la sexualidad es el modo de satisfacción pulsional, pues es un goce que no permite decir nada de lo que es la relación entre el hombre y la mujer. No existe una armonía preestablecida cualquiera. Es decir, cada sujeto busca una armonía, pero no es preestablecida y no es cualquiera, tiene que inventarla. Y el adolescente se encuentra sorprendido, más allá de toda información sexual, por la irrupción del empuje de la pulsión en su cuerpo, que problematiza su relación al otro sexo, sobre todo respecto del vínculo de amor.

Si bien para Freud la crisis puberal consiste básicamente en el pasaje de la ternura infantil (final del complejo de Edipo) a la sensualidad adulta, todo esto está jugado en la primera infancia, en tanto, retroactivamente, la pubertad aparece como el traumatismo sexual por excelencia. Los lectores de Lacan podemos situar allí el momento del pasaje de la pregunta sobre el deseo de la madre a la emergencia de la pregunta: qué quiere una mujer? Sabemos que esto no se produce sin consecuencias.

Freud usa el término *liebeslebens* para hablar de la articulación del amor y el goce sexual. Cómo articular amor y goce sexual?: A través de la elección del objeto. El Edipo freudiano que indica al partenaire prohibido señala la vía de la elección que obedece a ciertas reglas, que no son otras que las condiciones de goce. La interdicción el objeto primordial, la madre, es el modo de señalar lo que Freud introdujo en el Proyecto y en el Libro de los sueños: que el objeto está perdido desde el inicio. Siendo esta falta lo que posibilita el amor. Freud habla de sustitución, es decir de metáfora, y articula la sustitución del objeto primordial en la serie de objetos sustitutivos, es decir, la metáfora del objeto primordial con la metonimia de los objetos elegidos.

En este sentido, la adolescencia se puede entender como el tiempo lógico de “adolescer” del objeto, entendiendo por ello el duelo por el objeto perdido, y no como enfermedad.

Freud reconoce que la histérica denuncia un padre impotente y que el obsesivo muestra a un padre denigrado. En ambos casos se trata de un padre insuficiente para dar absolutas garantías en cuanto al sexo y en cuanto al goce en juego. Es un padre castrado, y el mejor destino es apuntar a la castración del padre. Empero, el neurótico le enseñó al creador del Psicoanálisis, que si el sujeto de inconsciente no tiene sexo, que si en el Otro no se inscribe nada del goce como masculino y femenino, sin embargo el ser hablante puede adquirir un ser sexuado gracias a la función del padre.

El niño, en lugar de recibir del Otro un ser hombre o un ser mujer, recibe en la familia el saber de la ley edípica, el saber de la ley sexual: “no te acostarás con tu madre, no reintegrarás tu producto”. El mito de Edipo sirve para dar forma a la castración. El Edipo significa que gozar de la madre está prohibido y esa prohibición la encarna el padre, -como un muerto en el origen, padre de la ley-. Esto sitúa un objeto de deseo en la medida en que es un objeto prohibido. Origen de la entrada en la ley fálica: todo sujeto se enfrenta a la dimensión de la sexualidad con relación a una imposibilidad efectuada por la prohibición del incesto.

La función del padre vehiculiza a través de efectos de discurso la ley fálica que sitúa al sujeto respecto del falo, o sea, de tener o no el falo. El Falo es un modo de inscribir la alteridad y que el Otro sexo castra al sujeto. Lo que brinda el falo es una inscripción relativa a la diferencia con

el otro y permite reconocer la diferencia del otro sexo. Por mediación de la ley del padre, la mujer -para el hombre- va a adquirir un ser como valor de objeto fálico, lo cual es lo mismo que decir de objeto deseado, y va a situar en el hombre la dimensión de su falta. No es que las mujeres tengan una voluntad castradora, pero en la medida en que adquieren ese valor fálico de objeto, el efecto que el hombre experimenta en ese encuentro es el de la falta, es el de la castración. A veces el adolescente, varón o mujer, no lo soporta, pues se despierta en él, frente a una mujer, la angustia de castración.

Deberemos recordar los aportes freudianos en “La organización genital infantil”, y reconsiderarlos a la luz de la clínica actual:

1.- al comienzo el acento recayó sobre la fundamental diversidad entre la vida sexual de los niños y la de los adultos; después pasaron al primer plano las organizaciones pregenitales de la libido y el arranque en dos tiempos del desarrollo sexual

2.- en la niñez se consuma una elección de objeto. El conjunto de las aspiraciones sexuales se dirigen a una persona única y en ella quieren alcanzar su meta. He aquí, pues, el máximo acercamiento posible en la infancia a la conformación definitiva que la vida sexual presentará después de la pubertad. La diferencia respecto de esta última reside sólo en el hecho de que la unificación de las pulsiones parciales y su subordinación al primado de los genitales no son establecidas en la infancia. La instauración de ese primado al servicio de la reproducción es la última fase por la que atraviesa la organización sexual.

3.- El carácter principal de la organización genital infantil es el primado del falo. La falta de pene es entendida como resultado de una castración. Solo puede apreciarse rectamente la significatividad del complejo de castración si a la vez se toma en cuenta su génesis en la fase del primado del falo.

4.- En el estadio pregenital sádico-anal la oposición entre activo y pasivo es la dominante. En el siguiente estadio la oposición será: masculino o castrado. Solo con la culminación del desarrollo en la época de la pubertad, la polaridad sexual coincide con masculino y femenino. Lo masculino reúne el sujeto, la actividad y la posesión del pene; lo femenino, el objeto y la pasividad.

Del lado del varón, la mujer representa la falta. Del lado de la mujer, el hombre tiene valor en tanto portador del falo que a ella le falta. Esa falta adquiere una dimensión distinta que en el varón, adquiere la dimensión de privación, de que ella está privada de ese falo que el hombre tiene.

Cuando una mujer trata de abordar su ser en la lógica fálica debe arreglárselas con relación a lo que ella es para un hombre, -abordar el ser en la lógica fálica, es la de ser para el Otro- y surge la pregunta: ¿qué valor tengo como objeto del deseo del Otro? Y únicamente podrá encontrar una respuesta de objeto de valor fálico por contingencia. Es decir, por la contingencia de ser hija de, esposa de, madre de, -identificación mediante-, puede recibir del hombre el niño como compensación a su privación fálica, como sustituto del falo que no tiene.

Desde este recorrido es que podemos pensar la queja del adolescente de “no ser querido”, señala la “falta del amor”, de no ser amado suficientemente porque el amor no alcanza para garantizar la completud.

La cuestión toma modalidades diferentes, pero se resume en “no ser amado por él mismo”, - quiebre narcisista-. Quiere valer por él mismo, no solo conformarse con esa estampilla de valor que le otorga la ley del padre. Entonces se queja. La trampa toma esta forma: Una mujer le dirige al hombre la queja de lo que él tendría que saber, cuando ella misma también lo ignora.

Si aceptamos que la escena del adolescente está dirigida por el otro sexo como Otro sexo, habrá que explorar lo que se juega en los modos de aproximación a ese Otro sexo en la adolescencia.

Yo pienso que hay tres modos:

1.- Bajo el modo de la falta. El Otro sexo aparece bajo el modo de la falta, la sexuación propia está marcada por la falta, bajo el modo de la insatisfacción, es más frecuente del lado femenino

2.- Bajo el modo del ideal: la propia sexuación tiende a identificarse con un ideal propuesto por su lugar de identificación, sea este el padre o la cultura, una tenencia, es más frecuente del lado masculino, pues los varones se ven confrontados al tener fundamental ahí, entre las piernas, esa cosa ridícula que se mueve cuando quiere y no según la voluntad, lo que hace que coloque ahí el eje de su ser.

3.- Bajo el modo del uso: bajo el modo de la satisfacción pulsional, el Otro sexo es pensado como un objeto del que hay que obtener el máximo de satisfacción en el menor tiempo posible y de la manera más económica, sin responsabilidad, sin compromiso amoroso. Esto engloba una buena parte de los estilos adolescentes de varones y mujeres.

Todos estos modos tienen sus dificultades pues no hay armonía con el sexo, pero el último es el que deja al sujeto más en disarmonía fundamental, pues es un modo por fuera del amor y el amor es aquello que viene a hacer suplencia a la relación proporción sexual que no existe.

Cada uno de estos tres modos de aproximación al deseo respecto del Otro sexo tiene un modo de respuesta dificultada para la aproximación.

Corresponde al Modo 1, la primer respuesta dificultada: Bajo la falta, el “no quiero saber nada de eso”, bajo el modo de la represión inconsciente. El adolescente se presenta por fuera de toda sexualidad, lo cual no deja de plantear un problema porque la represión siempre está en relación con el retorno de lo reprimido y esto se desplaza a otros lados, por ejemplo la violencia, que no es más que una deriva sustitutiva del desplazamiento, de la confrontación o con la falta como tal, reprimida, o con el uso como tal imposibilitado, también reprimido, o bajo el modo de ideal inalcanzable.

La segunda respuesta dificultada es bajo el modo de un frágil semblante de narcisismo, es el modo de la negación. Negar la falta, negar el ideal y negar el uso de goce, es un modo muy especial.

El tercer modo de respuesta dificultada es el modo de la voluntad. Es una voluntad de goce que niega el saber sobre la diferencia sexual. Es la perversión.

O sea, existen tres modos de aproximación y tres modos de dificultad. Por qué? Porque el adolescente está cambiando un modo de goce infantil por una incertidumbre -que es la conjugación de una imposibilidad y una impotencia-. No hay nada que nos diga que la relación entre un sexo y el otro tiene que ser armónica, más bien todo apunta hacia la imposibilidad de armonía en la relación

El discurso capitalista. El exceso de objetos

La vida contemporánea y su relación a la globalización desde la Sociología

La globalización, la tecno-ciencia, componen modos diversos de la cultura, que muestran el pasaje a una modernidad líquida, lo in-mundo del mundo que, en otras ocasiones, ya hemos denominado como “los nombres de la muerte”.

“Tecno-ciencia” es una palabra acuñada en la modernidad, en ella, dos términos se unen en una nueva filiación, “saber-operativo”, en donde el saber debe convertirse en hacer y poder. La lógica que la sostiene es la satisfacción de cualquier demanda a través de la operatividad técnica que ofrece los mejores manjares de la sociedad de consumo, en donde la identidad – condenada a la precariedad- se juega en el tener, generando una población “esclava o cautiva”. ¿Quién es el amo de estos cautivos?

Las sociedades son cada vez más desiguales en sus oportunidades no pudiendo negar las diferencias entre el primer y tercer mundo. Y, cada vez más sobreigualadoras en las demandas que imponen: la globalización impone la igualación obligatoria que actúa en contra de toda diversidad y promueve la cultura del consumo. Las sociedades cuentan en tanto que mercado y la ética imperante es el utilitarismo, en donde el éxito es la eficacia y el rendimiento.

En la actualidad, lo que induce a hablar de “posmodernidad” o “segunda modernidad” es articular un cambio radical en la cohabitación humana y en las condiciones sociales marcadas por políticas que se esfuerzan por cambiar la dimensión del tiempo y del espacio. El poder puede moverse con la velocidad de la señal electrónica y el tiempo requerido para el movimiento se ha reducido a la instantaneidad. El poder es extraterritorial, lo que confiere a los poseedores de poder una oportunidad sin precedentes: la prescindencia de la cohabitación humana. Thomas Mathiesen considera que, en la actualidad, la obediencia al estándar aparece bajo el disfraz de la libre voluntad . Esto implica un cambio: de la coerción a la seducción, de la tiranía del amo presente que obliga a trabajar, a la seducción del capitalista multinacional que ofrece su imagen sonriente junto al producto que promociona para la compra-venta.

“Voy al shopping” es una frase que se escucha en diversos lugares, pero: ¿el sujeto que la dice, dónde está?. Poco importa, pues lo importante es que allí está todo, y, el que camina por el megacentro comercial (templo del consumo) pertenece a la aldea global. Las personas se

convierten en gente que rebasa anónimamente atrapada por las imágenes que excitan hasta la saturación y son promesa de saciedad. Creando una forma de repartición de mercancías, se construye el individuo “lleno de lo light”, que no habla una lengua regional, sino una lengua universal –las marcas internacionales-, intentando disimular la “Babel” en donde se alimenta. El consumismo actual no tiene como objetivo la gratificación de algún deseo subjetivo, sino la producción del “individuo de la posesión”. “Para la sociedad capitalista avanzada, comprometida con la continua expansión de su producción, éste es un marco psicológico restrictivo, que en última instancia crea una ‘economía psíquica’ muy diferente. La voluntad de posesión reemplaza al deseo. La dependencia a los objetos se extrema bajo la creencia de poseer la libertad de estar al alcance de ellos, para hacer de su vida una obra, - no de arte - según un modelo que quiere imponer una identidad de contrabando. Los compradores-consumidores pueden encontrar el consuelo de tener la impresión de pertenecer a alguna comunidad en donde la ausencia de diferencia y el sentimiento de ‘todos somos iguales’ causan su atractivo. La trampa es que el sentimiento de identidad común es una falsificación de la experiencia: “los que han ideado y supervisan los templos del consumo son, de hecho, maestros en el engaño y artistas embaucadores”.

Claude Lévi-Strauss, en *Tristes trópicos*, señala las dos grandes estrategias para enfrentar la otredad: la antropoémica y la antropofágica. La primera consiste en “vomitar”, expulsando a los otros considerados irremediabilmente extraños. ¿Podemos pensar la anorexia-bulimia adolescente dentro de estas estrategias?. Las variantes más extremas son el encarcelamiento, la deportación, el asesinato y -en formas más delicadas- los barrios privados y clubes privados. Es frecuente en la vida adolescente la conformación de grupos cerrados, agrupados por algún rasgo, que se dedican a enfrentar a otros, con el propósito de aniquilarlos y ganarse el dominio de algún territorio, sea este un lugar de baile, un kiosko, una esquina, etc. Sabemos que el combate puede llegar hasta el asesinato.

La segunda consiste en la denominada “desalienación” de las sustancias extrañas: ingerir, devorar cuerpos y espíritus extraños para convertirlos, por medio del metabolismo, en no diferenciables al cuerpo que los ingirió. Sus variantes también han sido múltiples: desde el canibalismo a las cruzadas culturales transformadas delicadamente en globalización. Actualmente los adolescentes son fácilmente tomados por sectas, así como también por modas, que generan las castas de los que llevan tatuajes, piersing, rastas, etc. en donde lo que vale es “todos igual”, “soy como el otro”. La primera estrategia tendía al exilio o la aniquilación de los otros; la segunda, a la suspensión o la aniquilación de su otredad. La comunidad actual, “mercado”, nos ofrece ambas alternativas que nivelan o vacían de toda subjetividad idiosincrática y las presentan como ideal.

Los esfuerzos por mantener a distancia al “otro” en tanto que “diferente”, trae como respuesta la incertidumbre existencial, a la que han dado lugar la nueva fragilidad de los vínculos sociales. Tal como lo expresa Georges Benko: “Hay Otros que son más Otro que Otros, los extranjeros. Excluir a las personas como extranjeros porque ya no somos capaces de concebir al Otro da testimonio de una patología social”. También de una patología política generadora de

focos de terror: “los orificios corporales (sitios de entrada) y sus superficies (los puntos de contacto) son los principales focos del terror y de angustia generados. “El cuerpo es uno de los puestos defensivos del casi abandonado campo de batalla donde cada día se entabla la lucha por la seguridad, la certidumbre y la protección”. Lucha en ejercicio de la libertad. Pero, es tiempo de preguntarnos respecto de esa libertad, pues quizás lo que se experimenta en su nombre ni siquiera lo contemple. Zygmunt Bauman considera que en la “modernidad líquida” los hombres “viviendo en la esclavitud, se sienten libres y por lo tanto no experimenten ninguna necesidad de liberarse”. En este marco cumplen su función el uso de anfetaminas o anabólicos, el tatuaje, el piersing, los deportes de alto riesgo, las drogas y sus diferentes usos, las competencias de bebedores de alcohol, entre una innumerable serie de costumbres adolescentes. Lo descripto muestra la cara nefasta del capitalismo en donde el capitalista es anónimo y el sujeto resulta licuado.

El anonimato del capitalismo se generó a través de un truco: “no abolió las autoridades creadoras de la ley, ni las hizo innecesarias. Simplemente dio existencia y permitió que coexistan una cantidad tan numerosa de autoridades que ninguna de ellas puede conservar su potestad. Cuando las autoridades son muchas tienden a cancelarse entre sí. Una autoridad en potencia se convierte en autoridad por cortesía de quien la elige. Las autoridades ya no mandan, sino que intentan congraciarse con los electores”, lo que construye como consecuencia es el desmantelamiento de las redes normativas.

Vivimos en una sociedad en donde la autoridad paterna está francamente decaída, devaluada, en donde la función de regulación de leyes de convivencia familiar y social está debilitada, lo cual no es sin consecuencias. El joven –y se tiende a eternizar la juventud- vive bajo la ley de “traspasar sus límites” y lo real del goce pulsional alcanza sus figuras más horribles en ruinosos “modos de vida” y de muerte.

Se ha generado una sociedad tendiente a la adición y a la adicción, en donde lo que se consume debe llegar al exceso de la máxima satisfacción. Se impone la ley del “satis-facere”, en donde un pretencioso “demasiado hacer” es “hacer en demasía”. Su consecuencia está a la vista: “no tengo tiempo”, frase de letal elegancia con la cual la gente se pronuncia respecto de lo que llama “su vida”. Cabe preguntar: ¿es vida?, ¿de quién?, ¿quién tiene la titularidad de esto que llamamos “mi vida”? Existe una lógica aditiva, la lógica del uno más, de un poco más, en una serie con tendencia al infinito. En El psicoanálisis y la odisea hemos referido ejemplos: los envases de gaseosas que de pequeñas botellitas se convierten en botellones de dos litros; los modos de la cultura alcohólica en donde beber bien es beber hasta la descompostura; los restaurantes “tenedor libre”, en donde se puede comer de todo y mucho al mismo precio, y en donde comer bien se convierte en comer mucho. No hay alteridad ni diferencias. Y, entonces, cada uno en tanto que cualquiera puede en un instante fugaz convertirse en paracaidista, y ser el gran triunfador que practica deportes de alto riesgo -¿Hay entusiasmo por el riesgo, por lo que traspasa los límites?-. La virtud normativa de la prudencia está en desuso, también otras. Es el mundo del “todo-listo”, del “siempre-listo”, y el que no puede tener una solución al alcance de la mano: químicos para dormir, despertar, tener fuerza, divertirse, no comer, no

dormir, no parar. Así las asociaciones entre fármacos y drogas están en el orden del día. No importa aquello que entra en la cuenta, el asunto es que sume. La saturación lleva a querer “tener todo” o bien a “tener nada”, en donde juegan sus lugares bulimia y anorexia, ya no solamente como patología alimenticias, sino como modos de encarar la vida. La privacidad de un dormitorio es reemplazada por los “chat-shows” en donde la máxima intimidad pasa a ser objeto de consumo público. Y el consumo implica trabajo, negocio - nec-otium -. Nada se pierde, todo es aprovechable en la producción a través del trabajo. Como psicoanalistas sabemos que el trabajo del inconsciente, cuyo principio es el goce del trabajo de la pulsión de muerte-, es aliado inseparable del trabajo del sueño, cuyo objetivo es seguir durmiendo.

El discurso capitalista

A partir de tener en cuenta algunas reflexiones respecto a la temática de los discursos en general, presentaremos algunas consideraciones sobre el discurso capitalista. Por lo tanto, solo a modo de orientarnos tendremos presente que:

- Todo hecho necesita de un discurso que lo diga, pero también que el hecho sea significado según el discurso que lo dice o lee.
 - Un discurso constituye el modo en que se transmiten los puestos simbólicos, la raza de los amos y no menos la de los esclavos.
 - Todo discurso vincula de una manera determinado sus elementos.
- Todo discurso lógicamente se ve restringido a ciertas operaciones e imposibilitado para otras: disyunción lógica entre verdad y producción .
 - En la fórmula discursiva se ponen en relación los siguientes lugares:

<u>agente</u>	<u>otro</u>	ó	<u>provocación</u>	<u>elaboración</u>
verdad	producción		evocación	producción

Siguiendo las formalizaciones de J. Lacan respecto de los discursos, -ubicando los matemas S1, S2, S/ y a- se ha formulado el “discurso del capitalismo”, como una variación del discurso del amo, consecuente con una política que irónicamente denominaremos “His majestic the global baby”.

Discurso del amo Discurso del capitalismo

S1	S2	S/	S2
S/	a	S1	a

Esta variación se produce por una reversión del lado izquierdo de la fórmula que queda alterado en sus términos y en su relación. En el discurso del amo, el sujeto queda determinado por la verdad, lo que se escribe S1 sobre S/ tachada. En cambio, en el discurso del capitalismo, el sujeto opera sobre el significante amo como verdad, esto quiere decir que el sujeto dirige la

verdad, por eso este discurso supone el rechazo de la castración. Es una verdad dirigida, construida, desde el sujeto tachado que encubre con un significante amo su tachadura, o sea, encubre su pérdida. Esto trae consecuencias en las relaciones de los términos: Es el S1 como verdad lo que pone en trabajo al S2. Cuanto más se trabaja para recuperar la primer pérdida, más se pierde, pero más se trabaja: las plusvalías se acumulan. Se trata de poner a contar, totalizar, cotizar la plusvalía cumpliéndose con el objetivo del capitalismo. En este modo discursivo no se producen restricciones, hay circularidad discursiva.

La absolutización del sujeto y del amo político plantean el problema del límite para el tirano moderno y lleva a la interrogación sobre la función del padre como límite al goce. Las formas del ejercicio de la autoridad, del poder, se modernizaron con gran rapidez y dieron origen al “amo capitalista”. Consecuencia: El desastre de una sociedad destituida de cualquier autoridad ética sufriendo de los efectos sintomáticos de no poder librarse de una degradación mercantilista más que a través de la violencia.

El discurso capitalista implica la producción extensiva, insaciable. En esa perspectiva, todo es mercancía, y toda mercancía producida en este sistema no puede ser más que un objeto efímero, ya caduco en el momento de su adquisición, y destinado esencialmente a ser reemplazado por un nuevo objeto más prometedor, y así sucesivamente. Por consiguiente, todo objeto puesto en circulación en el mercado, lleva consigo una vocación de desecho. La plusvalía, el más de valor producido por el capitalismo es inversamente proporcional a la menosvalía, a la depreciación infligida al consumidor. El consumidor se encuentra sometido a la presión constante y siempre más exigente de un empuje a volver a comprar. Un sistema así no puede sino extender el consumo cada vez más. Así, está asegurado que el capitalismo produzca cada vez más objetos con los que se acrecienta el empuje insaciable de objetos de satisfacción imposible de ser colmada. En esa carrera, cada mercancía se vuelve desecho desde el momento de su adquisición. En este circuito entra también el hombre como mercancía. El discurso capitalista es un discurso en rechazo a la castración. La perversión ínsita del capitalismo reside precisamente en un sistema social, un modo de dotar del pacto que suple el vacío central que es el hombre, de tal manera pervertido que su estructura se resuelve en el ataque al vínculo social que lo instituye. Del capitalismo todos somos víctimas. Su capacidad destructiva es extraordinaria. Entre modernidad y posmodernidad, se ha procesado una alquimia: pasaje de la creencia en el Otro a la querencia del Otro. El horror de saber es contra el horror de la verdad de la castración.

El discurso del capitalismo expresa una cultura que hace desaparecer al hombre en su singularidad: construye su perversión para tratar de superar la imposibilidad de encontrar “el objeto perdido desde siempre” -nos referimos al objeto en su estatuto freudiano-. La ciencia, con su gran producción de objetos, anima este discurso que promueve tantos objetos que permite que el ojo se nutra con una cantidad jamás vista. Y en estas formas se enmascara la posición del goce que está difundido en estos objetos de la ciencia. Lo que produce es un “exceso de goce”.



Sólo el impacto que causan los síntomas sociales recuerdan a los habitantes del mundo globalizado que les queda un poco de humanidad, “aún”, y también de malestar en la cultura. Su decir es “no nos sentimos cómodos en la civilización del presente”.

.....

El adolescente y el mundo del los gadgets

Se me ocurre este título para plantear si es posible pensar un sufrimiento específico actual del adolescente. Enfrentando diferentes entretelones, entre tragedia y comedia, el adolescente grita cuan sujeto histérico: “no soy lo que parezco, soy otro, otro que como me quieren.” Sólo que ese otro que es, es tan extraño a sí mismo como es extranjero para los otros”.

También quieren que no se los reconozca para poder ser diferentes, porque ahora la simetría padres-hijos aumenta la necesidad de separación.

En la actualidad, más allá de las organizaciones familiares bien o mal instituidas, la familia como modo de discurso está devaluada. Esto tiene consecuencias. Cuando la familia ofrecía en la cultura patriarcal, un sitio en las identificaciones edípicas más claro en referencia a la castración, esto le permitía al adolescente armonizar más fácilmente su lugar en el deseo logrando un lugar en la sociedad con mayores apuestas a la futuridad. Le permitía apuntar a la castración del padre. Pero al decaer el valor de la función paterna en tanto agente de castración, el adolescente cae en un goce desbordante buscando por todos los medios, - trampa mortal- que el Otro sea consistente. Allí el discurso capitalista tiene la respuesta. El padre de familia ya no es un patriarca sino el que tiene que trabajar para mantener una familia. Al final todos han llegado socialmente al lugar del esclavo, al del esclavo moderno, que es el trabajador de las grandes concentraciones urbanas. El discurso capitalista impone un ser social, y ello implica tener un valor como mercancía. Lo que está es juego no es el valor como ser de deseo.

Pareciera que el capitalismo se propuso liberar a los sujetos del marco edípico. Se propuso acabar con la ley patriarcal.

Todo esto es cuestionado por los síntomas de adolescente y dificulta las identificaciones y su ubicación respecto a la ubicación masculina o femenina, o sean, al destino en tanto ser sexuado. Las patologías de la adolescencia lo revelan brutalmente: las transgresiones y abusos están al orden del día, o sea, lo que está fuera de medida. Estos modos de sufrimiento revelan que la inscripción de la falta es muy precaria, encontrándose manifestaciones en la búsqueda insaciable de todo aquello que tapa agujeros, hasta producirse agujeros en el cuerpo, marcándolo, castrándolo en lo real.

Sabemos que ningún objeto del mundo es el objeto del deseo, porque el objeto del deseo falta. Todos esos señuelos de los nuevos gadgets que produce el sistema, pueden venir a templar y a calmar la exigencia de goce y a satisfacer al sujeto. Estos objetos que resultan del saber de la ciencia y de la industria, solo agravan la falta de regulación pulsional, lo cual va en un incremento de la pulsión de muerte. Lo que aporta el capitalismo bajo el nombre de la ciencia es una industrialización del fantasma: vende imágenes que tengan ese poder de captar el goce

de los sujetos. Es decir, que propone a los sujetos, en vez de que se las tenga que arreglar con su mito individual o su novela familiar, con su fantasma particular, que haya objetos que puedan venir a taponar ese lugar de falta.

A los adolescentes actuales, en vez de desear al otro sexo, se les invita a ser 'zombis' errantes en los 'guetos' del goce, o sea, de lo ruinoso pulsional. Por ejemplo, los llamados lugares de reunión, que no son tales, donde lo que domina es la soledad de los goces autoeróticos: del goce oral que va desde la absorción en demasía a la expulsión en vómito, del goce escópico tomado por las luces que reflejan a sus compañeros de igual sexo (baile de chicas con chicas y de varones con varones), del goce de la voz que llega a la vociferación ocultando que están solos.

El adolescente de hoy sufre del anonimato social, y es la soledad de estar empujado por esa exigencia de goce que es la pulsión de muerte y por buscar sólo objetos para acomodarla. Y como el malestar es ineliminable por estructura, cuanto más luchan por eliminarlo, más lo generan y esto a su vez más los lanza a buscar más gadgets.

¿La cultura patriarcal ofrecía mejores respuestas al objeto perdido?

La cultura actual dominada por el discurso capitalista produce nuevos objetos pero no dona un saber que diga lo que hay que hacer como hombre o como mujer para orientar el deseo en una posición sexuada.

La ley del padre establece una mediación entre esas dos partes heterogéneas del sujeto: su ser en el deseo sexual y su ser en la esfera social, su ser de deseo y su ser de identificación. De hecho la institución de la familia, que es la forma social que toma el orden simbólico de la ley del padre, es la institución en la que se reúnen dos cosas heterogéneas: lo que se llama vida privada y lo que se llama vida pública.

El adolescente siempre se ha cuestionado frente a ella, pero el adolescente actual y su sufrimiento muestra cuando des-ubicado está, cuan des-alojado se halla.

El saber edípico es un mito para hablar del saber del inconsciente que un psicoanálisis puede llevar al sitio de la verdad. El saber de la ciencia del cual se sirve el capitalismo no es un saber en el sitio de la verdad, es un saber en lo real que excluye la verdad subjetiva. El discurso del Otro moderno aparece en los imperativos que anulan cada vez más la mediación edípica, esa mediación que hacía converger el ser en el deseo con el ser social. Por eso se habla de la desestructuración de la familia, de la degradación de los grupos sociales.

En la adolescencia actual impera la ley del Todo-vale, "hago lo que se me canta, sin ton ni son, con ruedi, sin límites, todolo digo y lo hago sin diferenciación. (Pulsión de muerte).

La crisis de la salida de la adolescencia

Pareciera que actualmente la crisis se produce cuando hay que salir de la adolescencia. El problema más actual es la salida de la adolescencia, sea lo que sea la adolescencia, parece que la crisis se produce por tener que salir de esa situación y no por el hecho de estar en ella. De hecho conocemos a eternos adolescentes que viven bajo el modo de "bon vivant", los

buenos vividores, los que están en la adolescencia años y años y no parece que eso sea excesivamente incómodo.

El término "adolescencia" es ambiguo, es un término que es relativo a cada cultura, a cada momento histórico y que depende de la concepción que cada uno tenga en cada sociedad respecto de las edades del hombre, de cómo la vida de un hombre y de una mujer va dividiéndose en períodos. Lo que el psicoanálisis nos enseña es que esa división no depende de una evolución biológica de la mente, o de una evolución de facultades psicológicas, sino que depende de un sistema simbólico previo que determina en una cultura cuándo un sujeto debe acceder a ciertas responsabilidades, a ciertas funciones de un sistema simbólico que ordena de hecho estos períodos de la vida. Sabemos que eso cambia de acuerdo a las propiedades simbólicas de un momento histórico-cultural.

En los años 60-70 el ideal de independencia familiar era muy fuerte, lo que producía que el paso de la adolescencia a la autonomía de la vida social se hiciera antes, mientras que ahora nos encontramos con un ensanchamiento de ese período. Actualmente encontramos problemas relacionados con la adolescencia desde los 10 años hasta los 40, y muchos no salen de ella.

Todo indica que los conceptos de infancia, adolescencia y adultez son relativos a un mundo simbólico-cultural.

Buenos Aires, Julio de 2003

Bibliografía

- Bauman, Z. Modernidad líquida. Buenos Aires. Fondo de cultura económica. 2003
- Ferguson, Harvie. The Lure of Dreams: Sigmund Freud and the Construction of Modernity, Londres, Routledge, 1996, p.205
- Freud, S. "Tres ensayos para una teoría sexual. La metamorfosis de la pubertad". Obras completas. Ed. Amorrortu. Bs. As. 1976
- Freud, S. "La organización genital infantil". Obras completas. Ob.cit.
- Freud, S. "El yo y el ello". Obras completas. Ob. cit.
- Freud, S. "Sexualidad femenina". Obras completas. Ob. cit.
- Gallano, C. "De qué sufren los adolescentes hoy?". Cuadernos europeos de Psicoanálisis N° 5. Edita Círculo Psicoanalítico Vasco. Pamplona.1993
- Imbriano, A. "Los nombres de la muerte". Capítulo en: Enfermedades de transmisión sexual y SIDA. Santiago Rueda. Bs.As. 1997.
- Imbriano, A. "El mundo in-mundo de desechos". En Revista Psicoanálisis y Hospital N° 24. Ediciones del Seminario. Bs.As. 2003.
- Imbriano, A. "El psicoanálisis: una clínica del despertar para el nuevo milenio". En: El Psicoanálisis y la odisea. Bs.As. Ecu. 2000

Imbriano, A. "Irresponsabilidad e increencia en la dirigencia política argentina". En: El Psicoanálisis y Hospital N° 23. Ediciones del Seminario. Bs.As. 2003

Lacan, J. Radiofonía y televisión. 1970. Anagrama. Barcelona.1990

Lacan, J. "El reverso del psicoanálisis". El Seminario. XVII. Paidós. Bs.As. 1992.

Laurent, E. Lacan y los discursos. Manantial. Bs.As. 1992

Mathiesen, T. The Leisure Society, Oxford, Blackwell, 1988, p. 183

Mira, V. La adolescencia no es un diagnóstico. Cuadernos europeos de Psicoanálisis N° 5. Edita Círculo Psicoanalítico Vasco. Pamplona.1993